

marcha de la inteligencia

Alejandro Aguilar Machado

Descartes fue quien planteó al mundo el problema de la duda durante el siglo XVII. El pensamiento medioeval abominó de la incertidumbre, y la Iglesia, al resolver con el apoyo de su autoridad los enigmas todos de la vida, cerró las puertas a los interrogantes que todavía inquietan al hombre. Los sistemas lógicos de Aristóteles, las matemáticas de Euclides y la noción geocéntrica de la astronomía, señalaron los límites inmovibles a la interpretación de la vida en las épocas de gestación que comprende la edad media. La misma economía en esas épocas ignoró el movimiento, el cambio, la transacción. Apenas alcanzó un carácter autárquico. Es evidente que un hombre colocado ante una perspectiva como esa, sientese poseído de seguridad, y jamás experimenta

la congoja de lo inextricable ni de lo misterioso. Pero, la vida no es ni puede ser la que corresponde al ente creador, que es el ser humano. Un espíritu equilibrado y sensato como Descartes, dirá: Hay que tener plena confianza en sí mismo y dudar de todo, ponerlo todo en tela de discusión y de juicio. La obra del pensador francés hubo de ser completada por Bacon, cuando abrió el camino al método experimental.

La atmósfera anterior, explica con meridiana claridad, los portentosos descubrimientos astronómicos que se inician en el siglo XVII. La sistematización del pensamiento matemático-natural consigue su más apropiado enfoque en el sistema inductivo, en virtud del cual las leyes despréndense de los caracteres comunes que se perciben en medio de la variedad de los casos singulares. El hallazgo de

que más se ha ufano el espíritu científico de los tiempos modernos, es el de la teoría de la causalidad mecánica, con la cual hubo de pensarse el mundo físico como un enlace determinado desde afuera, de causas y efectos sucesivos. Tan hondo fue el regocijo por haber al-

(Pasa a la Pág. 16)

La marcha de la inteligencia

(Viene de la Pág. 15)
canzado semejante concepto,
que en vez de aplicarlos exclusi-

vamente en el análisis del orden mecánico o físico del universo, se le empleó como procedimiento interpretativo de la vida social e histórica, y aun, del plano mismo de la conciencia individual. Grave error fue éste, sin duda. La naturaleza física, externa a nuestra propia naturaleza, y mensurable, puede abarcarse como un ente de razón, como lo es la teoría de la casualidad, hoy impropia hasta para interpretar los conceptos de la física moderna. Pero, esa teoría nunca jamás logrará trasplantarse con éxito cabal a la dimensión histórico-social, en la cual brotan los valores y los fines como un mundo de cualidades, surgido desde lo interior, en palpitaciones inmanentes, cual impulsos creadores que van articulándose en diversas formas de vida, en el reino nunca concluido de la historia.

Al historicismo le ha correspondido la trascendental misión de rectificar el error que apun-

tamos antes. Por él sabemos que frente al determinismo de la causalidad mecánica, aparece la dependencia creadora que explica el fondo mismo del desenvolvimiento de lo social. La teoría de la causalidad dio nacimiento a la escuela histórica, que no debe confundirse con el historicismo. Este estudia la conexión de los hechos humanos en el proceso histórico y relaciona esta conexión con la estructura íntima del hombre, que es la fuente de donde esos hechos han surgido. La escuela histórica apenas ha concatenado el abundante material que ha tenido ante sí, como si esos datos fuesen objetos físicos que se colocaran en series, determinadas por las sucesivas relaciones de causas y efectos. La escuela histórica no contempla el crecimiento de la vida como es, como un verdadero progreso, o como una curva siempre abierta, o como una línea que constantemente está ensanchándose.